

# Capítulo 20 - - Conjuro Práctico basado en Voluntad - Una Guía Práctica de Hechicería [Libros 1-4 Corrección de Julio 3]

Sebastián

Segundo día, mes 11, lunes, a las 2:15 p.m.

La siguiente clase de Sebastián era Ciencias Naturales, que encontró más fascinante de lo que había imaginado, principalmente por el entusiasmo del profesor. El aula era grande y estaba dividida en dos secciones. Una parte era con escritorios y asientos para que los alumnos escucharan las lecciones y tomaran notas, mientras que la otra sección contaba con robustas mesas de pizarra y diferentes utensilios para realizar experimentos prácticos.

El profesor Gnorrish era un hombre alto y corpulento; no era la imagen típica de alguien que dedicaba todo su tiempo al laboratorio o la biblioteca, y poseía una personalidad igualmente imponente y un fervor por su campo que era contagioso. Su sonrisa entusiasta era contagiosa. Movía los brazos y dejaba que su voz resonara mientras hablaba, y en un momento Sebastián pensó incluso que podría saltar de emoción para transmitir mejor su entusiasmo.

“Las ciencias naturales representan la nueva corriente de la magia, poderosa por la naturaleza misma de la realidad, en lugar de en medio de ella. Se basan en la fuerza de los vínculos que unen la realidad, y no solo en la fuerza del conjurador. Creo que algún día descubriremos cómo replicar todas las habilidades de la transmogrificación mediante la transmutación, a medida que nuestro entendimiento de la ciencia natural avanza.”

Algunos alumnos parecían considerar esto absurdo, y unas cuantas risas irrespetuosas provenientes de unos chicos vestidos con ropas costosas resonaron en el aula.

Sebastián se volvió para lanzarles una mirada de desprecio y se sorprendió al ver a Westbay haciendo lo mismo desde el otro lado, frente a ella. Él había entrado un minuto después que ella y

desde entonces la había ignorado deliberadamente, lo cual ella encontraba perfectamente aceptable.

El profesor Gnorrish pareció no molestarle la evidente desacuerdo. Asintió a los muchachos que se habían burlado. “Supongo que piensan que soy ingenuamente optimista. Pero déjenme preguntarles esto: ¿No hemos logrado en los últimos cien años cosas que los humanos de épocas pasadas habrían considerado imposibles sin la transmogrificación de un poderoso taumaturgo?” Recitó una lista de logros y nombres, y cuando terminó, todos los alumnos guardaron silencio. “¿Qué más podríamos lograr en otros cien años?”

Al terminar la clase, les indicó que debían tomar y leer ciertos libros de la biblioteca, que tenía varias copias de sus textos recomendados, y después los liberó.

El siguiente era su período libre. A pesar del molesto hambre en su estómago, Sebastián prefirió ir a la biblioteca en lugar de la cafetería. Quería llegar antes que los demás alumnos agotaran las estanterías con los libros asignados.

Sebastián los tomó con su ficha de estudiante y se sentó en una mesa para hojear cada uno y calcular cuánto le llevaría leerlos. Dubitaba que su habitación en el dormitorio fuera el mejor lugar para estudiar, al menos no mientras los otros alumnos siguieran despiertos. Tras unos minutos, guardó los libros en su bolso de cuero y salió a explorar las estanterías. *Si alguna vez hago algo que ponga en peligro mi condición de estudiante aquí, perderé el acceso a todos estos libros. Más libros de los que podría leer en una vida. Preferiría cortarme los dedos de los pies con una cuchara afilada.*

Pensando en el libro cifrado que guardaba en su habitación en la Mansión Dryden, buscó guías sobre su descifrado. La mayoría de ellos estaban en uno de los pisos aún inaccesibles para ella. El tema era extenso y complejo, y una rápida revisión reveló que muchos de los libros estaban más allá de su comprensión. Encontró un par de manuales para niños, así como un libro sobre desbloqueo, anulación y revelación de conjuros. Los tomó en préstamo, y siguió husmeando entre las estanterías. La cantidad de libros era asombrosa. Incluso tenían obras sobre los Anómalos, aunque ninguno en el primer piso ofrecía información más profunda que la que podía deducirse de rumores y artículos periodísticos.

Incluso el encanto de los libros que la rodeaban no pudo distraerla de llegar a su próxima clase a tiempo. Había esperado con ilusión y temor en igual medida desde que fue aceptada en la Universidad. Se detuvo en la cafetería a comer y rápidamente dirigió sus pasos hacia su siguiente clase.

El aula del profesor Lacer era la más grande en la que había estado hasta ahora. Introducción a la Maldición Práctica basada en la Voluntad era su primera optativa, y probablemente lo suficientemente popular como para necesitar todas las mesas extendidas y elevadas hacia la parte trasera del aula.

Sebastien se ubicó cerca del frente, en un aula que ya comenzaba a llenarse, intentando no jugar por una mezcla de impaciencia y nerviosismo. ‘El profesor Lacer quizá me salvó, pero también sabe lo tonto que puedo ser. No pudo haberse impresionado con mi rabieta durante el

examen.' Se quedó en silencio, el recuerdo de la vergüenza calmándola. 'Pero también debe haber visto potencial en mí. Solo tengo que asegurarme de que no se arrepienta de su decisión.'

"Escuché que el profesor Lacer es el más joven en dominar la magia de libre-casting en los últimos tres siglos," dijo un hombre.

"Dicen que ya debería ser un Archimago, pero el consejo de Grandes Magos simplemente no quiere reconocerlo porque es demasiado joven y no proviene de ninguna familia noble," comentó otra persona.

"¿Un Archimago? Eso es imposible," intervino una chica, sacudiendo la cabeza. "No me importa lo talentoso que sea, se necesitan décadas de práctica para alcanzar ese poder. El Archimago Zard no recibió ese título hasta que tenía ochenta y tres años. El profesor Lacer ni siquiera puede tener cuarenta."

"Podría ser mayor. El uso intenso de magia te mantiene revitalizado, ¿sabes...?" dijo dudosa otra chica. "Espero que aprender a hacer magia libre me mantenga sin arrugas al menos hasta tener más años que mi madre."

Otra chica resopló con desdén ante eso, y Sebastien reprimió el impulso de asentir en acuerdo.

"Bueno, escuché que formó parte de la Guardia Roja después de la guerra," dijo otra joven en susurro, como compartiendo un secreto.

"Eso seguro. Mi tío me contó que el abrigo que siempre lleva en realidad es un artefacto encantado contra las maldiciones de magia sanguínea," explicó el primer hombre. "Está hecho con la piel de un medio trol, medio gigante que Lacer mató durante la Guerra de la Niebla."

La chica que había resoplado anteriormente se rió. "Tu tío te está contando cuentos, o es tan crédulo como tú, al parecer."

Intrigado por la conversación, otro niño se acercó y se sentó con el grupo de cotillas. "¿Supieron lo que hizo a aquella chica que intentó entrar en su casa y seducirlo hace unos años?"

"¿Qué?" exclamó la chica preocupada por las arrugas, cubriéndose la boca con una mano. "¿Quién? ¿Qué hizo ella—es decir..."

El más reciente en unirse al grupo asintió con gravedad. "Mi hermana era estudiante cuando ocurrió eso. La chica era asistente de investigación en el último año, y aparentemente pensaba que Lacer era tímido cuando la rechazaba. Así que intentó atravesar las protecciones de su casa vistiendo solo un capa—¡sin nada más debajo! Claro está, las cosas no salieron como ella esperaba." Hizo una pausa dramática mientras los demás se inclinaban hacia adelante, instándole a continuar. "Sus protecciones se activaron a su alrededor y la dejaron atada, casi desnuda, con la piel verde. Cuando la encontró, la maldijo para que nunca volviera a sentir deseo físico, y le dio una enorme verruga peluda en la punta de la nariz para que nadie más sintiera tentación."

—No —dijo otro niño, echándose hacia atrás y cruzando los brazos. Sacudió la cabeza—. Un profesor no haría eso. Quiero decir, probablemente la expulsó, pero no pueden salirse con la suya maldiciendo a los estudiantes cuando les da la gana.

—Sí, el profesor Lacer no es malvado —dijo la niña con un “humph”.

—Pero sí es muy estricto —comentó el primer chico—. Oí que expulsó a un estudiante por toserle en la cafetería.

Asintieron todos a su alrededor, y la conversación se dirigió hacia la práctica de hechizos libres, cada alumno tomando turno para presumir de todas las cosas impresionantes que planeaban hacer una vez pudieran lanzar hechizos sin varita.

Solo después de que todas las sillas quedaron ocupadas —Sebastián estaba seguro de que la mitad de los estudiantes del primer semestre se habían inscripto en la clase— entró el profesor Lacer, avanzando con paso firme, con un largo abrigo de trompeta que ondeaba tras él mientras la tela trataba de mantenerse al día con su largo paso. Su cabello, nuevamente atado de manera sencilla en la nuca, reflejaba su apariencia severa. Sus cejas eran tupidas y alzadas, profundizando la intensidad de sus oscuros ojos. Llevaba una barba corta, que evitaba que su crecimiento descontrolado se impusiera. En conjunto, su aspecto coincidía con su reputación: impaciente, peligroso y sumamente competente.

Se detuvo en medio del aula, mirando hacia afuera y hacia arriba, como si los evaluara. Solo unos segundos después, el silencio llenó la sala. —Bienvenidos a la Práctica de Hechizos Basados en la Voluntad, o como prefieren llamarla mis alumnos de nivel avanzado, Práctica de Hechizos. Aquí, enseñaré a aquellos de ustedes dispuestos a aprender a hacer lo que yo puedo hacer —sus palabras estaban cargadas de importancia, aunque no gritaba. Se volteó y señaló con el dedo hacia el lado opuesto del escenario.

El cabello de Sebastián ondeó, aunque no había viento, y de repente, apareció una figura donde antes no había nada, de pie cerca de la pared.

Ella saltó sorprendida, igual que la mayoría de los demás estudiantes, pero se tranquilizó al ver que solo era un muñeco de práctica. No sabía por qué había sido invisible, pero supuso que era por efecto dramático.

Thaddeus Lacer continuó señalando. Su conducto, grande y claro, asomaba entre los dedos curvados de su mano apuntadora.

Su otra mano, al lado, apretaba un núcleo de bestia, del tamaño justo para caber en su palma, permitiéndole tocar con el dedo medio y el pulgar.

‘¿Está formando el Círculo del Sacrificio con su propia mano?’ La magia moderna solía usar Circulares físicas y externas, aunque los hechizos más antiguos y esotéricos no siempre lo hacían. Algunas veces, un hechizo podía estar ligado a tu propio cuerpo o incluso a algo intrínsecamente ligado a ti, como tu sombra.

El simple hechizo de sombra familiar que había mostrado a Katerin, haciendo que se retorciera y pareciera cobrar vida, utilizaba el calor de su respiración que atravesaba un círculo formado con sus manos junto con la luz que tocaba su sombra. Pero incluso con un hechizo de baja potencia así, el aire entre sus manos oscilaba visiblemente con la energía canalizada.

En la punta de su dedo extendido, apareció una chispa de luz naranja. Giraba alrededor de su yema y pronto otras se unieron. Se multiplicaron y se cohesionaron frente a su dedo hasta formar una esfera de color naranja brillante y palpitante.

Sebastián no pudo distinguir ningún brillo, resplandor ni ninguna señal de que estuviera canalizando energía, salvo por la bola de fuego que flotaba más allá de la punta de su dedo. La eficiencia era perfecta.

Sin aviso, esa esfera salió disparada por la habitación hacia el muñeco, expandiéndose ligeramente en su camino. Al impactar, explotó.

Sebastien sintió cómo el cálido viento rozaba su rostro.

Al otro lado del aula, el muñeco de práctica oscilaba de un lado a otro en su soporte, humeando y medio desgarrado.

El profesor Lacer se volvió hacia los estudiantes. "No es necesario contener el objetivo de su hechizo dentro de un Círculo antes de lanzarlo. Esto debería ser obvio. Una varita de combate puede lanzar un hechizo de aturdimiento a distancia, pero ¿alguna vez han oído hablar de alguien que lance un hechizo de transmogrificación para transformar una rana lejana en un pájaro?" Hizo una pausa, escaneando la clase. "¿No? ¿Por qué será?"

Se giró, dando unos pasos para que su abrigo volviese a extenderse dramáticamente. "¿Es porque la transmogrificación no funciona a menos que el objetivo esté dentro de su territorio de influencia?" Se detuvo como si esperara que alguien respondiera, pero nadie lo hizo. "Les aseguro que esa no es la razón. ¿Es porque la piel de un ser y su magia inherente actúan como una barrera contra magias invasoras?" Otra pausa expectante. "La magia inherente es una barrera, pero puedo superarla dentro de un Círculo dibujado, y también puedo superarla con la bola de fuego que acabo de lanzar. ¿Será que la aparente limitación radica en que el hechizo de aturdimiento, o la bola de fuego, es mucho menos complejo que cualquier hechizo que pueda transformar una rana en un pájaro? Quizás simplemente carecen de la habilidad para lanzar esas magias a distancia. ¿Qué opinan?"

Nadie le respondió.

"Un hechizo de bola de fuego lanza una bola de fuego real contra el objetivo. Un hechizo revelador envía vibraciones y ondas mágicas, que penetran y luego rebotan hacia la varita para su interpretación. Un hechizo de aturdimiento dispara una variación específica de relámpago de baja corriente, junto con la saliva en polvo de una rana kuthiana, contenida dentro de un campo de fuerza. Al liberarse del hechizo, la saliva tratada se degrada rápidamente y queda inerte. El hechizo de aturdimiento es el más difícil de los tres, y aún solo posible porque la saliva no requiere aumentos ni otros trabajos mágicos para hacer lo que debe hacer. La característica común de

todos estos hechizos es que lanzan algo que existe en la naturaleza, no simplemente magia atada a una idea. Sin embargo, con un hechizo lo suficientemente complejo y poderoso, no hay razón para que no se pueda lanzar un ataque esférico a distancia que convierta una rana en un pájaro, superando la resistencia de la criatura a la magia y manteniendo las instrucciones mágicas complejas y el poder para hacerlo a distancia. El Archimago puede hacerlo. La teoría es que tú literalmente estás lanzando el Círculo y su Palabra hacia el objetivo. Es tan difícil y requiere tanta energía que la mayoría de los hechiceros nunca lo lograrán en su vida, y de hecho, la mayoría ni siquiera lo intentan realmente."

‘¿Podrás hacerlo, Thaddeus Lacer?’ se preguntó Sebastien.

Se volvió, señalando al muñeco de práctica destrozado. “Ese es tu objetivo final. Al concluir nueve periodos, cuando consigas tu Maestría, uno de cada veinte podría haber alcanzado un nivel de competencia que te permita lanzar hechizos sencillos a distancia sin necesidad de un círculo físico. Sin embargo, a menos que intentes convertirte en GranMaestro, es una meta más realista que la mayoría pueda alcanzar: lanzar hechizos normales de forma libre, contenido dentro de un Círculo físico real, en lugar de a distancia. Mucho menos glamoroso, pero igualmente versátil e increíblemente útil. Si alguno de ustedes logra lanzar un hechizo que requiera instrucciones mágicas complejas a distancia, dentro de su tiempo en la Universidad, me quedaré asombrado.”

Sacó un trozo de tiza, aparentemente de la nada, y dibujó un Círculo en el suelo a su alrededor. No añadió glifos ni componentes vinculados ni instrucciones. El viento ya comenzaba a azotar el cabello de Sebastien cuando Lacer se levantó. El hombre levantó los brazos, y el viento se convirtió en una ventisca que tiraba de su cuerpo y del aire mismo en sus pulmones.

Ella sujetó con firmeza el borde de su escritorio para mantener el equilibrio y mantuvo sus ojos ávidamente fijos en él.

El profesor Lacer empezó a levitar, el aire bajo sus pies brillaba como un espejismo a lo lejos mientras lo comprimía.

Lanzar hechizos sobre el propio cuerpo era peligroso. Este tipo de levitación requería que estuviera dentro del Círculo, como el profesor Burberry había advertido con tanta vehemencia. Por supuesto, el profesor Lacer había demostrado su competencia y control en muchas ocasiones.

"¿Por qué no usa simplemente el hechizo de plataforma que Tanya lanzó en la orientación?", pensó Sebastien. "Supongo que hay muchas formas en que un poderoso hechicero puede levantarse del suelo. Sin duda, este método es impresionante." Aunque sabía que era para motivarla, Sebastien se sintió inspirada, no menos.

“Puedo enseñarles a hacer esto. Puedo enseñarles a ser versátiles y poderosos,” anunció, aterrizando suavemente al volver al suelo mientras la presión del aire volvía a la normalidad. “Pero, de alguna manera, las estadísticas muestran que cuatro de cada diez estudiantes abandonarán esta clase en las primeras tres semanas. Siete de cada diez dejarán de asistir voluntariamente o no pueden aprobarla al finalizar el semestre. Que fracasen en mi clase no impedirá que continúen en el próximo período en sus demás clases, pero, ¿por qué tan pocos estudiantes logran tener éxito?”

Se detuvo para mirarlos fijamente. “Porque,” dijo, y de repente su voz fue más fuerte, “esta es la clase más difícil que ofrece la universidad. Requiere tanto inteligencia como una tenaz determinación. Pasarán una hora y media conmigo, tres días a la semana, no dos. Si desean triunfar, deben dedicar otras dos horas a practicar por su cuenta. Todos los días. Y esto si ya tienen alguna experiencia en magia. Si su capacidad no ha alcanzado al menos cincuenta thaums, les será difícil mantenerse al día, y les recomiendo que vuelvan a tomar la clase el próximo semestre. Si no están preparados o no quieren dedicar tanto tiempo, pueden acudir a Administración al terminar esta clase para retirarse. Mientras tanto, pongámonos a trabajar. Como ya he dicho, no hay tiempo que perder.”

Un estudiante levantó la mano y, cuando Lacer lo llamó, preguntó: “¿Es cierto que mataste a un dragón en las Guerras de la Niebla?”

Lacer frunció el ceño. “No estoy aquí para chismes ni historias dramáticas. Si esa es la única razón por la que están aquí, márchense.”

El estudiante se encogió, pero no se fue.

El profesor Lacer les hizo señas para que subieran al frente del aula, donde apareció en la pared una plataforma llena de cilindros cortos y braseritos pequeños, igual que el maniquí de práctica. “Están clasificados según su dificultad. Si su capacidad de Voluntad supera los ciento cincuenta thaums, vengan a hablar conmigo.” Él echó un vistazo breve a Sebastien.

Curiosa, Sebastien miró los cilindros, que tenían forma de secciones transversales de unos seis pulgadas de un tronco o de un rueda ancha de queso. Eran de cristal, con tapa y parecían llenos de agua y una esfera de metal. Cuando se acercó, Lacer sacó un cilindro similar y corto de debajo de su escritorio. Estaba lleno de arena transparente en lugar de agua, y la esfera de metal que contenía era irregular y más grande que las de los recipientes de agua.

Ella no fue la única en recibir arena, lo cual fue un alivio después del desempeño de los demás en la clase de Magias Modernas Introdutorias. ‘Supongo que tiene sentido que los estudiantes más inteligentes y dedicados sean los que tomen la clase de Lacer. Entre la población estudiantil más numerosa, en realidad no soy nada llamativa.’ La idea la decepcionó un poco, aunque sabía que era mejor que nadie tuviera motivos para mirarla demasiado de cerca.

Conteniendo un gemido de esfuerzo, levantó la pesada rueda de cristal y la retornó a su escritorio.

El profesor Lacer luego les indicó que colocaran la rueda dentro del Círculo tallado en sus escritorios, dibujando la Palabra sobre la superficie de cristal. Con solo tres glifos y un símbolo numerológico, debían hacer que la bola de hierro rodara alrededor del cilindro, invirtiendo su dirección de forma aleatoria. Para mayor dificultad — y nuevamente miró a Sebastien — debían evitar que la bola tocara el borde externo de la rueda mientras giraba.

“En esta clase, intentaremos alejarnos de la dependencia de una Palabra escrita compleja. Para convertirte en un lanzador libre, debes ser capaz de sostener toda la Palabra en tu mente. Voy a mejorar no solo la capacidad general de tu Voluntad, sino también otros aspectos: explosividad, resistencia, claridad, fuerza y solidez. Sin embargo, comenzarás lanzando conjuros de dificultad

moderada durante períodos prolongados, hasta que puedas mantenerlos casi sin esfuerzo consciente. Debe convertirse en un instinto. Te tomará años de esfuerzo llegar a ser competente. La dificultad de este primer ejercicio depende en gran medida de qué tan rápido logres mover la bola a través del medio. Intenta alcanzar una salida estable que no supere el setenta por ciento de tu capacidad máxima. No dejes de lanzar.”

Con eso, se volvió y se acomodó en su escritorio en la esquina del frente de la sala.

Sebastien dibujó un triángulo, ya que esto era transmutación: convertir energía de calor en energía cinética. Un pentágono era más versátil, pero no creía necesitarlo aquí, y un ajuste más preciso en el propósito del hechizo podría mejorar su eficacia. Para los glifos, eligió “fuego”, “movimiento” y “círculo”, siendo este último uno que había aprendido recientemente.

Tras solo unos minutos de forzar su bola a través de la arena, Sebastien comenzó a sentir el cansancio.

Cuando algunos otros estudiantes dejaron de lanzar, el profesor Lacer levantó la vista, con una expresión perezosa contrastada por la firmeza en su voz. “Si no están acercándose al límite de su Voluntad, espero que sigan lanzando conjuros. Si ya están llegando al límite, les sugiero que abandonen esta clase y vuelvan en uno o dos términos cuando hayan fortalecido su resistencia.” Esta vez no miró a Sebastien, pero ella tomó las palabras en serio.

Se acomodó en su asiento, relajando los músculos tensos y apartando la vista de la bola en círculo. La bola seguía moviéndose, y ella respiró profundamente y lentamente, observando con una mirada distraída. Siempre había practicado lanzar casi obsesivamente, aunque no tan deliberadamente como le había indicado Lacer. A menudo jugaba con cualquier pequeño hechizo nuevo que aprendía hasta que Ennis se irritaba con ella. Esto le sirvió aquí. Sebastien no sabía cuánto tiempo había pasado cuando su mente comenzó a arder. No era una sensación real, como el ardor de músculos sobreesforzados, sino una sensación, una tensión. Respiró más profundo y se sumergió en ella.

El chasquido de sus dedos delante de su rostro la devolvió a la realidad.

Alzó la vista para encontrar al profesor Lacer de pie frente a ella. “La clase ha terminado.”

El resto de los estudiantes se levantaba de sus escritorios, algunos dirigiéndose a la puerta con su equipo de prácticas, otros mirándola a ella y a Lacer.

Se aclaró la garganta y dejó que la bola se desacelerara hasta detenerse.

“Bastante bien hecho,” dijo. “¿Estás lista para nuestra reunión?”

“Yo—” Su voz se quebró, y tuvo que intentarlo de nuevo. “Sí.”

“¡Tarea!” anunció con firmeza, elevando su voz para que todos pudieran escuchar, pero sin dejar de mirarla. “Anota cada glifo posible que pueda usarse para lanzar este hechizo, así como diez arreglos mágicos diferentes, completos y detallados, que puedan realizar la misma función. La

entrega es para el inicio de la próxima clase. Se despacha.”

Uno de los estudiantes murmuró, “Pensé que esto era práctica de hechizos, no de escribir ensayos prácticos.”

“Comprender los procesos es el primer paso para poder tomar el control de esos procesos desde una palabra externa,” replicó el profesor Lacer mucho más alto, sin siquiera mirarlo. En una voz más suave le dijo a Sebastien, “Vámonos a mi oficina, entonces. Ánimo.” Se volvió y caminó rápidamente, apenas reconociendo a los estudiantes que o bien lo miraban detenidamente o se apuraban a apartarse de su camino.

Sebastien tomó su bolso y la rueda de arena, y tropezó tras él, cojeando ligeramente en sus piernas que se habían dormido durante la conjuración.

El pasillo había girado lo suficiente como para impedirles ver la puerta del aula cuando de repente, unos pasos acelerados se escucharon detrás de ellos. Sebastien, frustrada, descubrió que era Damien Westbay. Otra vez.

“Profesor Lacer, ¿le importaría si los acompaño? Tengo algunas preguntas para usted,” dijo, lanzándole una mirada de reojo a Sebastien, demasiado insistente.

Sebastien reprimió el impulso de resoplar. ‘Obviamente, quiere espiar mi conversación con el profesor Lacer.’

Lacer dejó que el silencio se prolongara lo suficiente para volverse incómodo, pero cuando habló, su voz llevaba una leve nota de diversión. “Estoy segura que sus preguntas pueden esperar, Damien. Puede pasar por mi oficina en media hora.”

“Podría esperar afuera de su puerta. Yo—” Westbay fue interrumpido cuando el profesor Lacer levantó las cejas.

“Media hora, señor Westbay.” Sus palabras fueron claras y precisas, no por ello menos severas, pero sí intimidantes. Se volvió para alejarse, confiado en que sus instrucciones serían seguidas.

Westbay frunció los labios en una expresión que parecía una petulancia poco halagadora, pero no siguió el camino de Sebastien mientras ella aceleraba tras el profesor.

Al llegar a la oficina de Lacer, decorada con maderas oscuras y luces brillantes, cuyas cuatro paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de libros, componentes mágicos interesantes y artefactos, él le indicó que se sentara en la silla frente a su escritorio. Habló mientras caminaba por la habitación, tomando objetos de estantes y armarios y colocándolos en una caja. “Espero que comprendas que, debido a la naturaleza inusual de tu asistencia aquí, debes comportarte según mis expectativas si deseas seguir siendo estudiante, señor Siverling.”

Sebastien asintió. “Lo comprendo.”

“Tu desempeño hoy no fue tan deplorable como el de muchos otros en mi clase, pero aún está lejos de los estándares que espero. Para mejorar, practicarás ejercicios adicionales de conjuración.” Colocó la caja sobre el escritorio frente a ella y le entregó una hoja llena de instrucciones. “Debes ser capaz de realizar cada ejercicio durante dos horas sin detenerte, con un nivel de control aceptable.”

“¿Qué consideras un nivel aceptable?” preguntó, hojeando los ejercicios en la hoja.

Se sentó detrás de su escritorio. “¿Me preguntas para poder alcanzar el mínimo absoluto de competencia?” No esperó a que ella respondiera. “Dependerá de lo que tú decidas que es aceptable. No me decepciones.”

Sentía que no podía enderezarse más ni apretar más los músculos del estómago. “Entiendo. ¿Para cuándo desea que complete esto?”

— Lo más rápido posible. Estoy poniéndolo a prueba, señor Siverling. Espero que eso sea evidente. Deseo estar segura de no haber cometido un error.

‘ Dos horas diarias de práctica no serán suficientes, entonces,’ pensó ella. No tenía intención de decepcionarlo. “Lo comprendo,” repitió. “¿Hay algo más?”

Él la observó desde el otro lado del escritorio, apoyando los codos en él y juntando las manos. Luego se reclinó en su silla. “No. Puedes retirete.”

Se levantó y hizo una inclinación cortés. “Gracias, profesor Lacer. Usted es la razón por la que estoy aquí, y lo sé. No la decepcionarei.”

— Que así sea, entonces.

Se detuvo en la puerta y se volvió. “¿Por qué me impidió ser expulsada y prohibida de ingresar?” Había decidido no preguntar, pero su curiosidad venció a su sentido común.

— Eres un idiota. Pero trato de recordarme periódicamente cuán tonto fui también a tu edad. Es fácil olvidarlo. Quizá puedas aprender mejor, como yo aprendí.

Asintió en silencio, una extraña mezcla de vergüenza y esperanza le embargaba.

Su mirada profunda y oscura la siguió mientras salía de la habitación, y ella respiró profundamente un par de veces para calmarse antes de apresurarse hacia la biblioteca, con la caja pesada en un brazo y la rueda de arena en el otro. Tenía trabajo que hacer y un plan que construir.

---

Revision #1

Created 22 June 2026 00:04:30 by Edward Elric

Updated 22 June 2026 00:04:34 by Edward Elric